



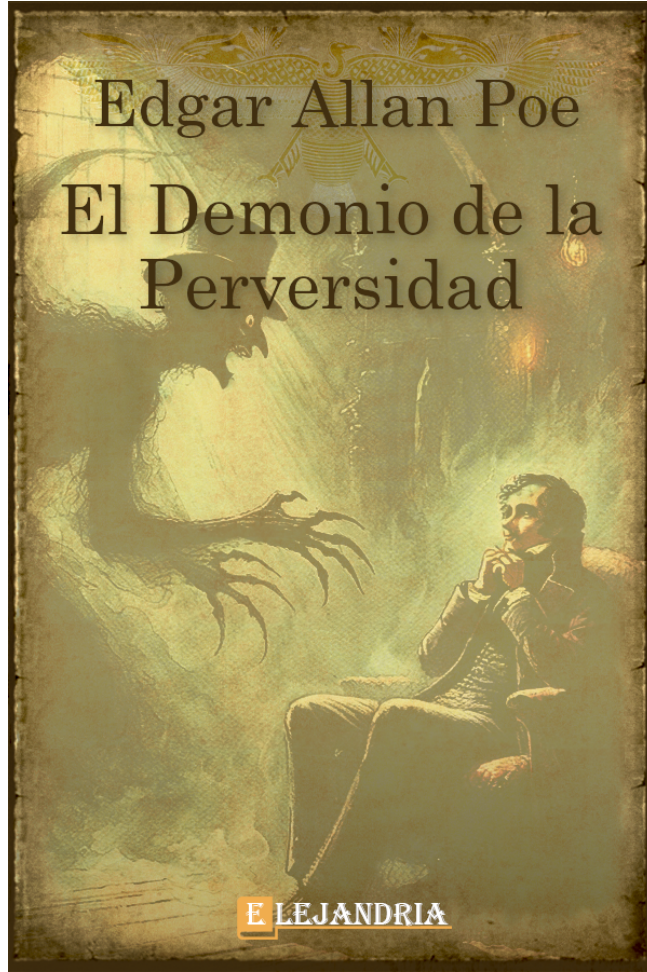
Edgar Allan Poe

El Demonio de la Perversidad



E LEJANDRIA

Edgar Allan Poe
El Demonio de la
Perversidad



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL DEMONIO DE LA PERVERSIDAD

EDGAR ALLAN POE

PUBLICADO: 1845

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: J. S. REDFIELD, NEW YORK, 1850

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL DEMONIO DE LA PERVERSIDAD

EDGAR ALLAN POE

En la consideración de las facultades e impulsos—de los primordiales móviles del alma humana, los frenólogos han fallado en hacer espacio para una propensión que, aunque obviamente existe como un sentimiento radical, primitivo, irreducible, ha sido igualmente ignorada por todos los moralistas que les precedieron. En la pura arrogancia de la razón, todos nosotros la hemos pasado por alto. Hemos permitido que su existencia escape a nuestros sentidos, únicamente por falta de creencia—de fe; ya sea fe en la Revelación o fe en la Cábala. La idea de ella nunca se nos ocurrió, simplemente por su supererogación. No vimos necesidad del impulso—por la propensión. No pudimos percibir su necesidad. No pudimos entender, es decir, no podríamos haber entendido, si la noción de este primum mobile alguna vez se hubiera obtruido; no podríamos haber entendido de qué manera podría ser utilizado para promover los objetivos de la humanidad, ya sean temporales o eternos. No se puede negar que la frenología, y en gran medida, todo el metafisicismo, han sido elaborados a priori. El hombre intelectual o lógico, en lugar del hombre comprensivo u observador, se puso a sí mismo a imaginar diseños— a dictar propósitos a Dios. Habiendo así sondado a su satisfacción, las intenciones de Jehová, de estas intenciones construyó sus innumerables sistemas del mente. En el

asunto de la frenología, por ejemplo, determinamos primero, naturalmente, que era el diseño de la Deidad que el hombre debiera comer. Luego asignamos al hombre un órgano de alimentividad, y este órgano es el azote con el cual la Deidad obliga al hombre, quiera o no, a comer. En segundo lugar, habiendo resuelto que era la voluntad de Dios que el hombre continuara su especie, descubrimos un órgano de amatividad, de inmediato. Y así con la combatividad, con la ideación, con la causalidad, con la constructividad,—en resumen, con cada órgano, ya sea que represente una propensión, un sentimiento moral o una facultad del intelecto puro. Y en estos arreglos de los principios de la acción humana, los Spurzheimistas, ya sea correctos o incorrectos, en parte o en su totalidad, solo han seguido, en principio, los pasos de sus predecesores; deduciendo y estableciendo todo desde el destino preconcebido del hombre, y sobre la base de los objetivos de su Creador.

Habría sido más sabio, habría sido más seguro clasificar, (si clasificar debemos,) sobre la base de lo que el hombre usualmente o ocasionalmente hacía, y siempre estaba haciendo ocasionalmente, en lugar de sobre la base de lo que asumimos por sentado que la Deidad intentaba que hiciera. Si no podemos comprender a Dios en sus obras visibles, ¿cómo entonces en sus pensamientos inconcebibles, que llaman a las obras a la existencia? Si no podemos entenderlo en sus criaturas objetivas, ¿cómo entonces en sus estados de ánimo sustantivos y fases de creación?

La inducción, a posteriori, habría llevado a la frenología a admitir, como un principio innato y primitivo de la acción humana, algo paradójico, que podemos llamar perversidad, por falta de un término más característico. En el sentido que pretendo, es, de hecho, un móvil sin motivo, un motivo no movido. Por sus impulsos actuamos sin objeto comprensible; o, si esto se entenderá como una contradicción en términos, podemos modificar la proposición hasta decir que por sus impulsos actuamos, por la razón de que no deberíamos. En teoría, ninguna razón puede ser más irrazonable; pero, de hecho, no hay ninguna más fuerte. Con ciertas mentes, bajo ciertas condiciones, se vuelve absolutamente irresistible. No

estoy más seguro de que respiro, que de que la seguridad del error o del mal de cualquier acción es a menudo la única fuerza invencible que nos impulsa, y solo nos impulsa a su ejecución. Ni esta abrumadora tendencia a hacer el mal por el mal mismo, admite análisis, o resolución en elementos ulteriores. Es un impulso radical, primitivo—elemental. Se dirá, soy consciente, que cuando persistimos en actos porque sentimos que no deberíamos persistir en ellos, nuestra conducta es solo una modificación de lo que ordinariamente surge de la combatividad de la frenología. Pero una mirada mostrará la falacia de esta idea. La combatividad frenológica tiene por esencia, la necesidad de autodefensa. Es nuestra salvaguarda contra la lesión. Su principio considera nuestro bienestar; y así el deseo de estar bien, se excita simultáneamente con su desarrollo. Se sigue, que el deseo de estar bien debe ser excitado simultáneamente con cualquier principio que sea meramente una modificación de la combatividad, pero en el caso de esa algo que yo llamo perversidad, el deseo de estar bien no solo no se despierta, sino que existe un sentimiento fuertemente antagónico.

Una apelación al propio corazón es, después de todo, la mejor respuesta a la sofistería recién mencionada. Nadie que consulte confiadamente y cuestione a fondo su propia alma, estará dispuesto a negar la total radicalidad de la propensión en cuestión. No es más incomprensible que distintiva. No vive hombre alguno que en algún período no haya sido atormentado, por ejemplo, por un deseo ferviente de exasperar a un oyente con circunloquios. El orador es consciente de que desagrada; tiene toda la intención de agradar; usualmente es conciso, preciso y claro; el lenguaje más lacónico y luminoso lucha por expresarse en su lengua; solo con dificultad se reprime de darle flujo; teme y deprecia la ira de aquel a quien se dirige; sin embargo, la idea le golpea, que mediante ciertas involuciones y paréntesis, esta ira puede ser engendrada. Ese solo pensamiento es suficiente. El impulso aumenta a un deseo, el deseo a un anhelo, el anhelo a un anhelo incontrollable, y el anhelo, (para

el profundo pesar y mortificación del orador, y en desafío de todas las consecuencias,) se indulge.

Tenemos una tarea ante nosotros que debe ser ejecutada rápidamente. Sabemos que será ruinoso hacer demora. La crisis más importante de nuestra vida llama, con voz de trompeta, a la energía y acción inmediatas. Brillamos, estamos consumidos por el afán de comenzar la obra, con la anticipación de cuyo glorioso resultado nuestras almas están en llamas. Debe, se emprenderá hoy, y aún así lo posponemos hasta mañana; ¿y por qué? No hay respuesta, excepto que nos sentimos perversos, usando la palabra sin comprensión del principio. Llega el mañana, y con él una ansiedad más impaciente por hacer nuestro deber, pero con este mismo aumento de ansiedad llega, también, un anhelo sin nombre, positivamente temeroso, porque es insondable, por la demora. Este anhelo gana fuerza a medida que vuelan los momentos. La última hora para la acción está a mano. Temblamos con la violencia del conflicto dentro de nosotros,—de lo definitivo con lo indefinido—de la sustancia con la sombra. Pero, si el concurso ha procedido hasta este punto, es la sombra la que prevalece,—luchamos en vano. El reloj da las horas, y es el doblar de nuestra prosperidad. Al mismo tiempo, es el canto del gallo al fantasma que nos ha sobrecogido tanto tiempo. Vuela—desaparece—somos libres. La antigua energía regresa. Ahora trabajaremos. Ay, es demasiado tarde.

Estamos sobre el borde de un precipicio. Miramos al abismo—nos mareamos y sentimos náuseas. Nuestro primer impulso es retroceder del peligro. Inexplicablemente, permanecemos. Por grados lentos, nuestra enfermedad, y mareo, y horror, se fusionan en una nube de sentimiento innombrable. Por gradaciones aún más imperceptibles, esta nube asume forma, como lo hizo el vapor de la botella de la cual surgió el genio en Las mil y una noches. Pero de esta nuestra nube sobre el borde del precipicio, crece en palpabilidad, una forma, mucho más terrible que cualquier genio, o cualquier demonio de un cuento, y sin embargo, es solo un pensamiento, aunque temible, y uno que enfría hasta la médula de nuestros huesos con la fiereza del deleite de su horror. Es

meramente la idea de cuáles serían nuestras sensaciones durante la precipitación vertiginosa de una caída desde tal altura. Y esta caída—esta aniquilación vertiginosa—por la misma razón que implica esa imagen más espantosa y repugnante de todas las imágenes más espantosas y repugnantes de muerte y sufrimiento que jamás se han presentado a nuestra imaginación—por esta misma causa ahora lo deseamos más vívidamente. Y porque nuestra razón nos disuade violentamente del borde, por lo tanto, nos acercamos a él más impetuosamente. No hay pasión en la naturaleza tan demoníacamente impaciente, como la de aquel que, temblando en el borde de un precipicio, así medita un salto. Indulger por un momento en cualquier intento de pensamiento, es estar inevitablemente perdido; pues la reflexión solo nos insta a abstenernos, y por lo tanto, digo, que no podemos. Si no hay un brazo amigo que nos detenga, o si fallamos en un esfuerzo repentino por arrojarnos hacia atrás desde el abismo, nos zambullimos y somos destruidos.

Examinemos estas y acciones similares tanto como queramos, encontraremos que resultan únicamente del espíritu de la Perversidad. Las cometemos simplemente porque sentimos que no deberíamos. Más allá o detrás de esto, no hay principio inteligible: y podríamos, de hecho, considerar esta perversidad como una instigación directa del archienemigo, si no fuera ocasionalmente conocido que opera en pro del bien.

He dicho tanto, para en alguna medida responder a tu pregunta—para explicarte por qué estoy aquí—para asignarte algo que al menos tenga el leve aspecto de una causa por mi uso de estas cadenas, y por mi ocupación de esta celda de los condenados. Si no hubiera sido así de prolijo, podrías haberme malentendido por completo, o, con la plebe, haberme considerado loco. Como es, fácilmente percibirás que soy uno de los muchos víctimas no contadas del Demonio de la Perversidad.

Es imposible que cualquier acto pudiera haberse realizado con una deliberación más completa. Durante semanas, durante meses,

reflexioné sobre los medios del asesinato. Rechacé mil esquemas, porque su realización involucraba una posibilidad de detección. Al fin, leyendo unas memorias francesas, encontré el relato de una enfermedad casi fatal que ocurrió a Madame Pilau, a través de la agencia de una vela accidentalmente envenenada. La idea capturó mi fantasía de inmediato. Conocía el hábito de mi víctima de leer en la cama. Sabía, también, que su habitación era estrecha y mal ventilada. Pero no necesito molestarte con detalles impertinentes. No necesito describir las artimañas fáciles con las cuales sustituí, en el candelabro de su habitación, una vela de cera de mi propia fabricación, por la que allí encontré. A la mañana siguiente fue descubierto muerto en su cama, y el veredicto del forense fue, —"Muerte por visitación de Dios".

Habiendo heredado su estado, todo me fue bien durante años. La idea de detección nunca una vez entró en mi cerebro. De los restos de la vela fatal, me había deshecho cuidadosamente yo mismo. No había dejado ni sombra de una pista por la cual sería posible condenarme, o incluso sospechar de mí por el crimen. Es inconcebible cuán rico un sentimiento de satisfacción surgía en mi pecho al reflexionar sobre mi seguridad absoluta. Durante un período de tiempo muy largo, estaba acostumbrado a deleitarme en este sentimiento. Me proporcionó más deleite real que todas las ventajas meramente mundanas que resultaban de mi pecado. Pero llegó finalmente una época, desde la cual el sentimiento placentero creció, por gradaciones apenas perceptibles, en un pensamiento obsesivo y acosador. Acosaba porque me obsesionaba. Apenas podía librarme de él por un instante. Es bastante común ser así molestado con el zumbido en nuestros oídos, o más bien en nuestras memorias, del estribillo de alguna canción ordinaria, o algunos fragmentos no impresionantes de una ópera. Ni seremos menos atormentados si la canción en sí misma es buena, o el aire de la ópera meritorio. De esta manera, al fin, me sorprendía perpetuamente reflexionando sobre mi seguridad, y repitiendo, en un tono bajo y sordo, la frase, "Estoy seguro".

Un día, mientras paseaba por las calles, me detuve en el acto de murmurar, medio en voz alta, estas sílabas habituales. En un arranque de irritabilidad, las remodelé así: —"Estoy seguro—estoy seguro—sí—si no soy lo suficientemente tonto como para hacer una confesión abierta".

Tan pronto como pronuncié estas palabras, sentí un escalofrío helado arrastrarse hasta mi corazón. Había tenido alguna experiencia en estos arrebatos de perversidad, (cuya naturaleza he tomado la molestia de explicar,) y recordaba bien que, en ningún caso, había resistido con éxito sus ataques. Y ahora mi propia sugerencia casual, de que podría ser lo suficientemente tonto como para confesar el asesinato del cual había sido culpable, me confrontaba, como si el mismísimo fantasma de aquel a quien había asesinado—y me señalaba hacia la muerte.

Al principio, hice un esfuerzo por sacudirme esta pesadilla del alma. Caminé vigorosamente—más rápido—aún más rápido—al final corrí. Sentí un deseo enloquecedor de gritar en voz alta. Cada ola sucesiva de pensamiento me abrumaba con nuevo terror, pues, ¡ay! entendía demasiado bien que, pensar, en mi situación, era estar perdido. Aún aceleré mi paso. Avancé como un loco a través de las calles abarrotadas. Al final, la población se alarmó y me persiguió. Sentí entonces la consumación de mi destino. Si hubiera podido arrancarme la lengua, lo habría hecho—pero una voz áspera resonó en mis oídos—un agarre más áspero me agarró por el hombro. Me giré—jadeé por aire. Por un momento, experimenté todos los dolores de la asfixia; me volví ciego, sordo y mareado; y entonces, algún demonio invisible, pensé, me golpeó con su amplia palma en la espalda. El secreto largamente encarcelado estalló desde mi alma.

Dicen que hablé con una enunciación clara, pero con énfasis marcado y prisa apasionada, como si temiera ser interrumpido antes de concluir las breves pero pregnantas oraciones que me consignaron al verdugo y al infierno.

Habiendo relatado todo lo necesario para la más completa convicción judicial, caí postrado en un desmayo.

Pero, ¿por qué debería decir más? Hoy llevo estas cadenas, iy estoy aquí! Mañana estaré sin grilletes. —¿pero dónde?

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

1. [El demonio de la perversidad - Edgar Allan Poe](#)
2. [El demonio de la perversidad](#)
3. [Edgar Allan Poe](#)